

tro poeta está en la altura máxima de la fama, resulta grato a nuestras simpatías este antecedente del uruguayo, que lo vincula, de esta suerte, a nuestra literatura.

Nos ha tocado ver actuar a Sabat Ercasty y nos causa verdadero placer comprobar que mantiene una juventud espiritual admirable. En los funerales de Pedro Prado pronunció un magnífico discurso, en que la emoción y la belleza se unían a su vigor expresivo, para conferirle calidad superior a sus conceptos.

«Atenea» saluda al gran poeta con el afecto y la simpatía con que se ve llegar a un hermano. A este grande hermano que nos viene a cantar «La alegría del mar».

Dos poetas

En silencio, sin mezclarse en el tráfago de las ambiciones desorbitadas, se han marchado en los días de este verano dos grandes espíritus que dieron generosamente su contribución ideal a la cultura de Chile.

Wáshington Espejo y Romeo Salinas se llamaron estos dos hombres que han transpuesto las fronteras de la vida para internarse en el gran misterio. En la ruta sin término en donde, como en una última evasión a los dolores y desengaños de vivir aferrados a todo aquello que en los sueños se magnifica como una esperanza, nutrida de emociones y de belleza.

Romeo Salinas dedicó su vida a la educación. Profesor de excepcionales condiciones llegó a ocupar la Rectoría del Liceo Miguel Luis Amunátegui. Allí estuvo una gran parte de su noble existencia, consagrado a formar el espíritu de los niños, a enseñarles todo lo que necesitan para afrontar las batallas de este

breve tránsito terreno, y también a inculcarles que ninguna actividad humana puede mantenerse sin rendirle su tributo a la belleza. Romeo Salinas era un espíritu eminentemente generoso, de una bondad a prueba de desencantos. Poseía un alma transparente y su gozo profundo era darse entero en un verso, así como en un gesto de amigo, en el cual evidenciaba la singular calidad de un espíritu superior.

En sus últimos años Romeo Salinas dedicó gran parte de su actividad a traducir poemas chinos, de famosos poetas de la época de Tang, célebre en la historia de ese milenarío país por un acendrado florecimiento literario. Las traducciones de Romeo Salinas eran verdaderas creaciones suyas, en las cuales se reflejaba su maravilloso instinto poético para identificarse con el ambiente de aquella remota época, en que no obstante su distancia, el amor y los sueños se diferenciaban muy poco de los que agitan el corazón del hombre en nuestros días amargos y desesperanzados, en que, sin embargo, se busca el amor como el único refugio.

Wáshington Espejo vivió cultivando el rosal de su poesía con amorosa solicitud. Con ese acendramiento que sólo puede brotar de las almas que saben de la belleza del mundo, en el vuelo de un pájaro, en la claridad de un cielo de verano y sus dilatadas lontananzas, o en el amor que agita un corazón. Fué durante un largo período director de la revista «En viaje», que publica la Dirección General de los Ferrocarriles, publicación a la cual supo imprimirle el buen gusto, la calidad, la distribución armoniosa de un material destinado a difundir cultura.

Y luego, cuando los años y los achaques le llevaron a refugiarse en el apartamiento de su casa de Macul,

Wáshington Espejo se quedó soñando frente a su ventana, mirando su jardín. Del suyo, del que florecía en lo interno, fué sacando las más bellas flores. No flaqueó jamás su ansiedad de poeta. Su inquietud no reconoció otra quietud, ésta que la muerte ha impreso en su frente amplia y serena de soñador que no se aparta del camino por el cual orientó su vida y sus ambiciones. Personalmente, Wáshington Espejo era la bondad misma. Solía sonreír y los más grandes dolores supo soportarlos con una dulzura que le daba a su vida un soplo de santidad.

En este verano ardiente se han ido, como en un desfile, los poetas que amaron la naturaleza, la luz, el canto de los pájaros, y sintieron el supremo deleite de expresarlo en un verso, en el cual entregaban la melodía íntima de aquello que les estaba cantando adentro como un raro y armonioso instrumento.